

## ECLESIOLOGÍA

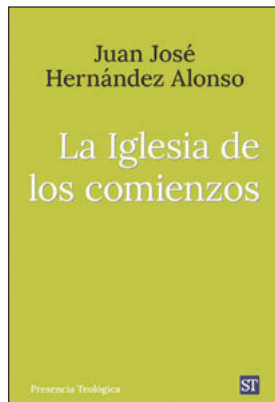
Este estudio se adentra en el primer siglo del cristianismo para descubrirnos la realidad de las primitivas comunidades

## Sinodalidad naciente

**J**uan José Hernández Alonso (Aldehuela de Yeltes, 1934), presbítero de la Diócesis de Ciudad Rodrigo, publica en Sal Terrae este libro sobre *La Iglesia de los comienzos*. En la misma editorial, el autor ya nos enseñó mucho con su preciosa monografía *Jesús de Nazaret. Sus palabras y las nuestras* (1ª ed. en 2016 y 2ª ed. en 2017). Cinco años después, nos enriqueció con *El Reino. La buena noticia de Dios* (Sal Terrae, 2021) y, en 2022, nos dejó su aportación a la sinodalidad con un sencillo libro: *La Iglesia es sinodal*, publicado también por Sal Terrae.

El objetivo del estudio que presentamos nos lo adelanta el propio autor: “Englobando y reconstruyendo en la medida de lo posible la narración histórica, el relato socio-antropológico y la perspectiva teológica, intentaremos adentrarnos en el primer siglo del cristianismo y descubrir la realidad de las primitivas comunidades cristianas, que constituyen la Iglesia naciente, la Iglesia de los comienzos” (p. 78). Se puede decir que, a día de hoy, esta obra es la más completa síntesis sobre la materia. El autor pone el foco con gran acierto en una de las claves para entender la Iglesia: “Resulta incomprensible una concepción de la naturaleza de la Iglesia que no esté en función del Reino de Dios” (p. 289). Campo de total solvencia para Juan José Hernández.

El autor vincula los comienzos de la Iglesia con la conciencia que tienen los primeros discípulos de Cristo de estar en continuidad con el pueblo de la Alianza. La creatividad y la valentía de aquellos primeros cristianos, guiados por el Espíritu Santo, son el mejor retrato de la *koinonía* de la Iglesia en esa *edad de oro de los orígenes* relatada



### LA IGLESIA DE LOS COMIENZOS

Juan José Hernández  
Alonso

Sal Terrae

Santander, 2024 · 496 pp.

en el libro de los Hechos de los Apóstoles (p. 15).

Juan José analiza con precisión el inicio de la iglesia de Jerusalén y la trascendencia del Concilio de Jerusalén, luego nos adentra en la comunidad cristiana de Antioquía del Orontes, el centro de difusión del cristianismo, y cómo, desde allí, se van fundando iglesias en Asia Menor, en el Mediterráneo, Europa y en Roma, ciudad que, una vez destruida Jerusalén, será ya el foco principal de la Iglesia. La lectura de este libro nos permite entender por qué **Priscila** y **Áquila** son “imagen de la sinodalidad de las iglesias nacientes” (p. 187). Es el gran misterio de la Iglesia, que “se asemeja más a la comunidad de discípulos guiada por el Espíritu de Dios que a una sociedad humana perfecta y autorreferencial” (p. 235).

El autor nos presenta las imágenes con las que describimos a la Iglesia, quiénes son los Doce y por qué **Lucas** los llama los “doce apóstoles”, qué concepto tiene san **Pablo** del término *apóstol*, quiénes son los compañeros y colaboradores en la misión y los asociados en el trabajo apostólico, y qué son

y qué representan los profetas y maestros (p. 323). Una Iglesia carismática que, en el período subapostólico, se va haciendo más jerárquica, inspirándose en el modelo de la sinagoga con los ancianos (presbíteros) como responsables de las comunidades. Juan José nos clarifica que los términos *presbíteros* y *obispos*, en esta época subapostólica, son figuras que desempeñan funciones similares (p. 351), que solo a finales del siglo II cada Iglesia estaba dirigida por un solo obispo y que estos obispos eran reconocidos como los sucesores de los apóstoles en su ministerio pastoral (pp. 368-9).

### Período posapostólico

El período posapostólico (cap. 12) nos lo va perfilando a través de textos de la *Didajé*, **Clemente Romano**, **Ignacio de Antioquía** –“el episcopado monárquico que dibuja Ignacio de Antioquía se concibe en términos de sinodalidad y armonía con los presbíteros y diáconos; es más, con toda la comunidad cristiana” (p. 417)–, **Policarpo de Esmirna** y, finalmente, *El Pastor de Hermas*, de cuyos textos se desprende que las comunidades se regían por un liderazgo eminentemente colegial. Y mucho más: nombres entrañables en la misión de la Iglesia, el papel de las mujeres, la celebración del bautismo y de la eucaristía, la oración, las iglesias reunidas en las casas... La diversidad de cada comunidad no mermó el deseo de comunión y de unidad, milagro logrado porque el Espíritu Santo las guió y les otorgó un *sensus fidei* capaz de adaptarse a las circunstancias del momento.

Es ciertamente recomendable este libro en el presente de nuestra Iglesia, amenazada de ruptura y parcializada en tantas miradas miopes y sesgadas; con más enemigos en casa –al decir de **Benedicto XVI**– que fuera de ella, con menos vitalidad de la que deseamos y con menos fe en el poder de Dios.

Agradecemos, pues, al Grupo de Comunicación Loyola la publicación de esta obra y al autor su aportación a la eclesiológica, con rigor científico y claridad expositiva.

JUAN CARLOS SÁNCHEZ GÓMEZ